

El gobierno democrático, utopía; el poder sigue siendo de los militares

Proceso No. 0602 - 25
16 de mayo de 1988
Sección Internacional

Rubén Aguilar Valenzuela

El 11 de mayo, un grupo de "oficiales de la montaña" protagonizó una intentona golpista que fue controlada sin contratiempos por el alto mando militar. En el fondo de la cuestión estuvo el aparente acercamiento a nivel diplomático del gobierno democristiano con países socialistas, así como el regreso de refugiados que los oficiales alzados suelen calificar genéricamente como "comunistas". La entrevista con Rolando Morán y la carta de los obispos contienen elementos clave que apuntan a configurar un cuadro de situación al que se oponen los sectores ultraderechistas del Ejército.

La estrategia internacional global, que da prioridad a impedir una conflagración nuclear generalizada, afecta el proceso de revoluciones concretas como la de Guatemala, opina el comandante Rolando Morán, miembro de la Comandancia General de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (UNRG).

En este momento -dice- no se ve con claridad o pareciera quedar en un segundo plano el camino de los movimientos revolucionarios, que proponen en algunos países para el cambio social una estrategia político-militar. "Aunque en Estados Unidos asume el poder un grupo derechista, chovinista, que pretende aliviar el orgullo nacional herido con un último y desesperado intento por sostener la hegemonía imperial, lo cierto es que el gobierno de Ronald Reagan responde a la

política de distensión, aun dentro del marco de la contrainsurgencia, con concesiones que favorecen el arribo al poder de democracias formales, como es el caso de la de Vinicio Cerezo en Guatemala. El decenio de los ochenta da espacio a las soluciones políticas y al diálogo".

Morán, de 56 años, 26 de ellos en la guerrilla y a quien unió una estrecha relación personal con el Che Guevara, concedió a Proceso una entrevista en la que analiza, en el marco de la situación internacional, el momento que vive Guatemala y las posibilidades de la lucha revolucionaria en su país.

Hacia finales de los años setenta se caminaba apresuradamente hacia la posibilidad de una confrontación mundial con uso de armamento nuclear, ubica en retrospectiva el comandante guerrillero. En esa época había un importante sector de los políticos norteamericanos -entre ellos el presidente Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger-, que estaban dispuestos a utilizar el poder nuclear norteamericano ya no en la lógica de la disuasión, que según ellos no estaba dando resultado, sino en la línea de tomar la delantera de atacar".

Según Morán, los países socialistas, conscientes de esta realidad "que implicaba el jugarse el todo por el todo", deciden entonces poner un alto a la carrera armamentista. De ahí que "los caminos en la Unión Soviética que determinan hoy la coyuntura internacional, constituyen un serio esfuerzo de distensión que aleje la posibilidad de una confrontación nuclear".

En este marco de distensión y diálogo también se remodelan algunos de los conflictos locales y regionales, cuando las dictaduras dan paso a la fachada más amable de las democracias formales, cuando surgen

grupos negociadores como Contadora y se abren pláticas con el movimiento guerrillero. Es la etapa de la guerra de baja intensidad.

"Eramos conscientes de la nueva situación, la veíamos venir, pero sabíamos también que la nueva estrategia contra insurgente, encarnada en el gobierno democrático de Vinicio Cerezo, no sería capaz de modificar la situación interna del país y por lo tanto no podía quitarnos las bases sociales que integran y apoyan nuestro movimiento", resume el comandante de la UNRG.

Eliminada la evidencia de una dictadura militar, la insurgencia pagó un costo de imagen a nivel internacional. "Percibimos una incomprensión internacional ante la nueva coyuntura, pero seguimos luchando y manteniendo nuestra relación estrecha con el pueblo, conscientes del primer efecto que podría causar el discurso populista de Cerezo, que sin duda implicó costos políticos para nosotros, principalmente en el exterior".

Pero la UNRG también supo sacar ventaja de este discurso. "Nosotros también le tomamos desde un principio la palabra al presidente Cerezo, conscientes de que no era posible que él estableciera un compromiso real con sus propios planteamientos, ya que éstos eran sólo un elemento más del nuevo proyecto contrainsurgente, mientras que el verdadero poder lo seguía detentando el ejército".

Morán considera, inclusive, que en un principio el gobierno demócrata cristiano mostró cierta ingenuidad al pensar que tenía posibilidades reales de gobernar y dejar de lado a quienes desde hace 30 años detentan el poder real, que son los militares. "El ejército guatemalteco tiene su propia visión del Estado y del papel que cada uno debe jugar en

él. Para ellos, los civiles deben limitarse a administrar y ellos deben continuar con el ejercicio real del poder".

El error, por lo tanto, de Cerezo y de la Democracia Cristiana fue pensar que ellos habían llegado por sus propios méritos al poder y no por la concesión de los militares que, en la negociación con los norteamericanos, nunca perdieron el control de la situación. "El proyecto político y económico de Cerezo fracasó, porque en la práctica nunca pudo implantar alguna de las reformas ofrecidas, sobre todo las de carácter social, que hubieran implicado cambios reales en la estructura del país".

Morán reconoce que en el ámbito internacional Cerezo sí obtuvo algunos logros importantes, porque la coyuntura le fue favorable, aunque también en ese terreno su espacio se reduce cada vez más, "porque en la actualidad el ejército tiene totalmente controlada a la Democracia Cristiana y no en condición de aliada, sino de subordinada".

Así, la democracia formal, como parte del proyecto contrainsurgente se agotó muy pronto en el caso de Guatemala y "también en otros países donde al inicio de los ochenta se impusieron gobiernos civiles, para después de algunos años constatar que las fuerzas armadas nunca perdieron el control y en ocasiones hasta lo incrementaron, como es el caso de Honduras y El Salvador".

A partir de esta situación, el objetivo de la URNG "no es derrocar a la Democracia Cristiana, que no es nuestro principal enemigo, sino desenmascarar el proyecto contrainsurgente, demostrar que como alternativa no funciona, porque no ataca ni conduce a la solución de los problemas más graves y urgentes del país".

La evidencia del control militar detrás de la fachada democrática ha significado un resurgimiento de las fuerzas insurgentes guatemaltecas que el comandante Morán ubica en el reconocimiento internacional de gobiernos, como los de España y Costa Rica, la acción unitaria de las propias organizaciones revolucionarias de Guatemala y el rechazo de foros internacionales a ofensivas diplomáticas de Cerezo en busca de la deslegitimación de la UNRG.

También a nivel interno ha recuperado la unidad revolucionaria su lugar de interlocutor válido e innegable. "La Iglesia, por ejemplo, una de las fuerzas sociales más importantes del país, ha iniciado en la persona del arzobispo de Guatemala, monseñor Próspero Penados, el diálogo con las organizaciones revolucionarias".

Morán explica que después del fracasado intento de establecer un gobierno democrático en Guatemala tanto dentro como fuera del país - incluso por fuerzas que no admiten el principio de la lucha armada- existe el reconocimiento al derecho del pueblo a la revolución como único camino para transformar la sociedad y alcanzar la democracia (los militares en sus reformas constitucionales niegan este derecho).

En cuanto a la capacidad militar de la insurgencia, el comandante confiesa que "se cometieron errores de nuestra parte que permitieron al ejército, al comenzar los ochenta, darnos golpes e inclusive aislarnos en ciertas zonas, pero después de ese primer momento hemos logrado corregir estrategias y superar deficiencias para volver a crecer en nuestra capacidad de combate. Prueba de ellos es que a fines de 1987 y principios de 1988 el ejército, con apoyo de la aviación, lanzó la ofensiva más importante de todos estos años de lucha contra el movimiento

revolucionario, con la intervención de más de 60% de las fuerzas armadas".

El Alto Mando militar aseguró que con esta ofensiva se aniquilaría definitivamente a la guerrilla "cosa que hasta el momento no ha logrado y, por el contrario, le ha acarreado un gran desprestigio a nivel interno e internacional", acota a su favor, Rolando Morán.